

Gonzalo PONTÓN, *La lucha por la desigualdad. Una historia del mundo occidental en el siglo XVIII, Pasado & Presente, Barcelona, 2016, 781 pp.*

Tenemos ante nosotros una obra que Josep Fontana define en el prólogo como una «máquina de guerra», construida para hacer frente a una dinámica de la sociedad contemporánea cuya trascendencia reciente ha incentivado su investigación: la desigualdad. La vasta literatura histórica de la que se nutre Gonzalo Pontón y su relación directa con muchos de estos autores por su experiencia en el sector editorial le proporcionan una erudición sin parangón para atreverse a desmontar la estilizada visión de los progresos del capitalismo y mostrar la manifiesta hipocresía del movimiento ilustrado. Esta historia de los orígenes del capitalismo consta de nueve capítulos divididos en dos partes, aproximándose a los procesos materiales e intelectuales que propiciaron los continuados y acumulativos cambios que desembocaron en el sistema actual. Pontón nos ilustra no solo sobre una desigualdad basada en la distribución desigual de la renta, sino en las desigualdades vitales y existenciales que sustentan la dinámica capitalista.

La primera parte, titulada «Trama», consta de seis capítulos, a lo largo de los cuales el autor describe las enormes diferencias en las condiciones de vida y oportunidades de los grupos que formaban la nueva estructura social. Un nuevo orden social emergía con las innovaciones técnicas y tecnológicas que modificaron las relaciones de producción como forma de superar los rendimientos decrecientes provocados por el crecimiento demográfico. Estas innovaciones, principalmente agrícolas, consolidaron una burguesía formada por rentistas y gente de negocios que tomaron conciencia de sus posibilidades de transformar su poder económico en poder político, motivando cambios en las instituciones del Antiguo Régimen con el objetivo de seguir haciendo dinero diversificando sus intereses.

Las oportunidades ofrecidas para aprovechar una desigualdad heredada que se erigía sobre el sagrado derecho de propiedad llevaron al endurecimiento del Código Penal y la promulgación de una serie de legislaciones represivas contra los denominados «pobres». El fin de estas leyes era revalorizar la tierra y mantener la mano de obra barata a la par que controlar la cuestión social, llevando hasta la extenuación a un ejército de la miseria que cargaba sobre sus hombros el nacimiento de una industria de producción masiva de bienes de consumo para la burguesía. Pero, además, Pontón revela cómo esta gran masa de desposeídos era esquilada por el Estado para sufra-

gar unas guerras en las que muchos morían y que engendraban, a su vez, un endeudamiento público que era fuente adicional de riquezas para los poderosos, cuyo gravamen también recaía sobre estas clases subalternas y servía incluso para invertir en su propia explotación.

En el ámbito europeo y colonial se tratan los diferentes regímenes de arrendamiento de la tierra y el proceso de surgimiento de una clase capitalista atendiendo a las particularidades de cada país. Estas disparidades infundían a las élites una actitud hacia los negocios que marcaría el diferente ritmo y modelo de desarrollo industrial de cada región. En ocasiones, se obstaculizó la simbiosis necesaria para el paralelo desarrollo de la agricultura y la manufactura hasta entrado el siglo XIX mediante la persistencia de privilegios del antiguo orden social, pero también se utilizó la intervención estatal para promover la ventaja comparativa a base de concesiones y subvenciones, estimular el ahorro creando una redistribución desde las clases subalternas hacia los poderosos con una fiscalidad regresiva, facilitar la circulación de instrumentos financieros y de cambio, abrir mercados con la intención de incentivar la producción de un excedente para el comercio ya fuese a través de la inversión en redes de comunicaciones para los mercados interiores o del conflicto militar y, por supuesto, para sofocar las múltiples algaradas y revueltas de las clases dependientes de su trabajo para subsistir y de las colonias por las exacciones a las que eran sometidas, en un contexto de gran aumento de las desigualdades que ilustra la tensa coexistencia descrita de la miseria popular con la concupiscencia de una minoría acomodada que comienza a hacer pública su ostentación.

En la segunda parte Portón desarrolla durante tres capítulos los resortes intelectuales en que se apoyarían las transformaciones cuyo ensamblaje daría lugar al capitalismo, la «urdimbre» que preparase la trama ya descrita para que cada individuo se resignara a desempeñar el rol que le es dado por su nacimiento en la organización de la producción y no otro, sin vislumbrar perspectiva de cambio alguna que le incitase a rebelarse. La creación de una moral cívica inoculada a través de una potente herramienta como es la educación tenía como finalidad el mantener dóciles y disciplinadas a unas clases bajas sumidas en la penuria. Por su parte, mientras que para las clases populares se debatía entre someterlas al yugo del analfabetismo o del adoctrinamiento religioso para perseverar en su alienación, las enseñanzas de las élites se alejaban de la metafísica heredada de las universidades medievales. Se reformaron los planes de estudios y crearon nuevas instituciones que se adaptasen a la nueva estructura económica, concretamente, a los saberes prácticos que el mundo de los negocios exigía.

Estos conocimientos fueron difundidos por las instituciones de enseñanza, pero también encontraron su foco de propaganda en las formas mercantiles de consumo y ocio cultural de la nueva burguesía, como los salones y cafeterías. Junto con las academias y sociedades clasistas que se fundaron como antorchas de la ilustración, Portón detalla cómo la construcción de una opinión pública favorable a sus intereses era transmitida a través de gacetas y vanguardias. Los periódicos fueron percibidos como eficaces instrumentos políticos, por lo cual el autor hace un breve examen de su oferta y evolución como forma de reflejar el grado de desarrollo del diseño burgués, así

como de las estrategias editoriales y comerciales de los libreros-impresores, cuyo *boom* llegaría con la edición de diccionarios y enciclopedias.

En el último capítulo ya debemos sospechar que los ilustrados se dirigían a los propios burgueses y no al conjunto de la sociedad. Como colofón a esta obra Pontón profundiza en la retórica del movimiento ilustrado definiéndolo como poco original, heterogéneo e incluso a veces reaccionario, adjetivo este último que concreta muy bien la posición tanto de cameralistas y proyectistas como del resto de los ideólogos a sueldo de los déspotas que no buscaban más que aumentar la extracción de rentas del pueblo para llenar las arcas del monarca. Las nuevas élites encontraron en los filósofos de la razón los portavoces de sus intereses para reclamar igualdad de privilegios, teniendo una actitud de invisibilidad cuando no de desprecio hacia los pobres. El lema de la ilustración bien podría ser el de jerarquía, propiedad y libertad, estándares de un orden social cuya armonía quedaría asegurada por la famosa proclama del *laissez-faire*. La mano invisible no podía hacer nada por mejorar la situación de los pobres, cuya cantidad era regulada de forma natural por la ley de bronce de los salarios.

En definitiva, el autor nos deja una obra que clama contra las frecuentemente edulcoradas ideas en torno a un proceso y unos pensadores que parecen esconder los oscuros hechos e intereses que encumbraron a la desigualdad como eje mismo del sistema capitalista, tratándola con una naturalidad vergonzante, cuando no directamente la ignoraban. Esta síntesis de la realidad social del siglo XVIII muestra una descripción descarnada del mundo que estaba naciendo, ofreciéndonos unas claves en perspectiva histórica sobre la desigualdad inherente al sistema capitalista. En nuestra mano está aprovecharlas para analizar la manera en la que creamos un marco institucional inclusivo para hacer frente a este reto.

ESTEBAN CRUZ HIDALGO
Universidad de Extremadura